



Hommage à Jorge Enrique Adoum

Par Ramiro Oviedo

La estrategia del poema

taitico, acabas de pasar volando montado en un burrito plomo, cargado de pájaros con taquicardia y en la boca un huesito del Ecuador, fumando, raspando con el humo las nubes de Guayasamín.

vos que decías no ser taita de nadie en el territorio de la poesía, élé, vete nomás con una lluvia de huérfanos, poetas de guayacán, de chonta y hasta de papel crepé, rascándose la pena.

estabas convencido de que la inteligencia debía ser un asunto colectivo, mientras yo -pobre de mí- pensaba que en este mundo que va de retro, la única sustancia nacional confirmada era el canibalismo y que su eficacia radicaba en ser mínimamente activa, pero no al punto de virar la tortilla y lograr que tus cenizas de poeta pudieran conciliar a nobles y plebeyos, a chagras y costeños, a los resentidos y derrotados con los consagrados por la dignidad -como vos-, en estos tiempos rabiosamente necrológicos.

aquí estamos todos, incluso los que no somos, penetrando en el papel, que es a veces una funeraria con las puertas abiertas. tu shungo mundial brilla por su testarudez, tus jabs de izquierda nos enseñan a dar, a recibir y a devolver después.

a propósito, gracias por colgarnos en el pescuezo el collar cíclico del don y de las deudas permanentes, por mostrarnos que en la latitud cero todos somos ingredientes de una misma fanesca cósmica, por enseñarnos que la estrategia del poema depende del bagaje y de la estirpe humana e intelectual del que se asume como poeta; no ser jamás cómplice del verdugo; ser visible y tangible; no encerrarse en el bunker de la celebridad; ser capaz de parir buenos libros en medio de dificultades; no ser el pato de ninguna boda y decirle no al glamour de las simpatías; pero sobre todo, no darse el lujo de ser hijo pródigo durante toda la vida. volver.

entonces vuelves, tal como te habías ido: sin robarle a nadie su destino y creyendo siempre en tu tierra y en tu gente.

guardas la máquina de escribir de toda la vida como si fuera tu historia clínica y te zambulles en el computador -fábrica transfiguradora de las sombras que te acosan- para ponerle KO al adversario que te habita. ahora mismo, con o sin lluvia, debes estar en el ring nocturno sintiendo que algo exterior a vos tiene ganas de ser. sientes que esta cosa informe te hace sombra y que el tablado comienza a esfumarse. la sombra te recuerda un lenguaje con tu historia y con la gente que escribió esa historia. no piensas en el lector ni en el párrafo que viene, lo que quieres es atrapar esa sombra que hace fintas de boxeador y a la que inicialmente sólo alcanzas a rozarle las patitas. compruebas que no hay ni receta ni fórmula, y que en la estrategia del poema la sombra es la nostalgia de un exilio, la rabia de no poder sacarle al país de la cuneta, o la de no poder hacer aparecer a los desaparecidos, pero ahí sigue una mano agarrándote del cuello, y como tienes la mala costumbre de respirar te pones a pelear con el teclado, confeccionas con el mundo un rompecabezas más testarudo que la policía nacional, puesto que si hicieras como si nada, como si la literatura y el sistema fueran una pareja feliz-, estarías perdido. por fin la sombra está ahí, la has atrapado y la guardas en una cajita de chispas y de cemento armado. la furia y el amor están ahí, fundando la historia perfectible de una tierra hermosísima.

no es hora de promesas ni de réquiems, pero los aspirantes a campeones mundiales de la poesía que quedamos en esta selva de palabras y de paradojas vamos a tener que pelear con tu sombra, no para heredar tu estatuto de brújula (ilusa y desmesurada arrogancia), sino para aprender por fin a cantar sin que nos salgan gallos, para ver si podemos copiarte al menos una taquicardia decente, algún infarto olímpico, taitico.